

Seguridad y feminismo

una seguridad
posible

Análisis
de los aprendizajes
y retos
para el trabajo
en seguridad feminista
con cuerpos policiales



en alianza

DCAF

Centro de Ginebra
la Gobernanza del
Sector de Seguridad

con el apoyo



Norwegian Embassy

Implementar espacios de diálogo para y desde las mujeres sobre prioridades de seguridad en Colombia

Autoría

Diana García Salamanca. Corporación de Investigación Social y Económica (CIASE)

Corporación de Investigación Social y Económica (CIASE)

Equipo operativo del proyecto

Juliana Suescún Gómez, Coordinación.

Diana Gunneivia García Salamanca, Consultora- experta en género, interseccionalidad, seguridad y pedagogía.

Wayra Guerra, Profesional de apoyo.

Rosa Emilia Salamanca, Asesoría en incidencia

Camille Cartal, Pasante-

Clara Elena Gómez Velásquez,

Tallerista, experta en procesos con mujeres rurales.

Luisa Fernanda González,

Tallerista, experta en construcción de paz y fe.

Deris Paz, Tallerista,

experta en procesos con mujeres indígenas.

Equipo administrativo del proyecto

Rosa María Duque y Marco del Valle

DCAF - Centro de Ginebra para la Gobernanza del Sector de la Seguridad

Equipo del proyecto

Cristina Hoyos, Cedric, Bolli Enric Gonyalons y Juan Mena Tobías Fontecilla

Bogotá. 2021-2022

Las afirmaciones en este documento no reflejan la posición del Gobierno de Noruega, son responsabilidad de las organizaciones implementadoras y aliadas en el proyecto.

Introducción

Crear procesos desde la seguridad feminista para el trabajo sobre seguridad, en especial con cuerpos policiales, ha implicado transformar la forma en que entendemos la seguridad, y a su vez, comprender las maneras en las que hemos construido la imagen de esa otredad (La Policía).

Esa otredad que hace parte de la historia de construcción de Nación y que ha sido un reto transformarla; que ha sido herida en el proceso y en la realidad de un conflicto armado de más de 60 años. Que es reflejo de 200 años de historia centrada en la violencia del ser, en la violencia del tener y en una violencia profundamente alimentada por una sociedad que en lo público narrativo, en la imagen de nación, habla de la diferencia y la diversidad como un elemento gratificante y a exaltar; pero en la acción pública concreta y en miles de espacios privados y colectivos, de mayor o menor envergadura, la diferencia es vista como un riesgo y se acepta que la diferencia y la desigualdad se conjuguen en una sola.

Poner en diálogo la seguridad desde una epistemología feminista ha significado también

humanizar a quienes asumimos como parte de las relaciones binarias de la paz y de la guerra. Es ponerse en diálogo en los espacios de aprendizaje y en los espacios de creación de contenido en momentos de profunda incertidumbre. Un ejemplo de esos momentos fue cuando creamos, junto a la UNIPEP para la policía metropolitana de Bogotá, una serie de materiales para entender cómo aplicar la equivocada decisión ejecutiva de la Alcaldía de crear un pico y género, en el marco de la cuarentena por la pandemia de Covid 19.

La conversación sobre una seguridad feminista fue fundamental en los momentos de estar en espacios lúdicos de aprendizaje y en momentos de tensión entre visiones diferentes de lo que era la seguridad.

Esta conversación, para much*s impensable e imposible, nos llevó a comprender la manera profunda cómo la seguridad feminista ha transformado nuestra mirada y la de otras personas. Nos ha enseñado cómo los cuerpos policiales pueden nutrirse de esta mirada e incluso encontrar caminos prácticos, narrativos y metodológicos para tensar una visión de la seguridad anclada en la guerra, anclada en el

héroe y anclada en asumir el dolor y el terror como la parte más frecuente de su labor. Un terror que se entrecruza con la profunda desconfianza hacia el otro, hacia la otra, hacia le otre; una desconfianza hacia la ciudadanía que se entrecruza con la desconfianza de la ciudadanía hacia el Estado, con un mayor impacto en su visión sobre los cuerpos policiales y militares.

Sin duda, hay décadas acumuladas de desconfianza entre la sociedad y las fuerzas policiales en Colombia, cada parte tiene historia de dolor que no se comparte, sino que se asume única. Cada quien se ha concentrado, con hermosas excepciones, en la manera en que la otredad le ha dañado y le ha robado la esperanza. Esta construcción narrativa no fue diferente en el paro de 2018 y se acrecentó en 2020 y 2021, centrándose en la necesidad de encontrar a “quien tiene la culpa”, en la necesidad de reconocer que l* otr* es mal*.

Todavía hay mucho que hacer, pero los aprendizajes y retos compartidos nos hacen pensar que conversaciones tan intensas sobre seguridad como las que hemos experimentado, entre la vivencia de los cuerpos policiales y nuestra experiencia como feministas, son

uno de los caminos a seguir construyendo y explorando.

Es entonces este un documento que sintetiza los aprendizajes y retos con los que nos encontramos al trabajar cuerpos policiales desde la perspectiva de seguridad feminista. Muy seguramente no condensan todo lo que aprendimos y todos los retos que aún vemos, pero es un abrebocas porque estamos seguras de que este trabajo debe continuar para lograr transformarnos.

Antes de empezar con los aprendizajes y retos, nos detenemos en uno de los momentos del proceso, en un lugar tan intenso como Buenaventura, que nos cambiaron la vida.

Sucedió en el desarrollo de un taller con las mujeres, el cual coincidió con la llegada de la Minga Indígena a Buenaventura, y por lo mismo, con un ambiente de tensión con la fuerza pública.

Al finalizar el día, en las actividades de auto-cuidado, algunas mujeres invitaron a tres miembros del Escuadrón Móvil Antidisturbios ESMAD para hacerles mascarillas. Los policías, aunque con extrañeza, permitieron que las mujeres les

pusieran barro en el rostro y así, en un lugar distinto al de la tensión conflictiva que se vivía en la ciudad, se posibilitó un diálogo entre las mujeres y los policías sobre lo que estaba sucediendo.

Desde otras narrativas, los policías expresaron que no se sentían a gusto desarrollando una labor que iba en contra de las personas, cuando veían que la protesta tenía reclamos justos y que ellos compartían; las mujeres por su parte expresaron la sorpresa de encontrarse con la humanidad detrás del uniforme negro y las armas, y el encontrar visiones comunes sobre lo que estaba sucediendo.

Como ha sido habitual en el proceso, y en muchos escritos de la Corporación, se usa el asterisco en vez de otras formas lingüísticas inclusivas para mostrar la múltiples identidad de género que se habitan.

Aprendizajes

Ser y ver.

La utilidad de la interseccionalidad.

La interseccionalidad ha sido uno de los elementos teóricos más disruptivos que ha construido el feminismo, y no el feminismo en genérico sino el feminismo negro, tensando el feminismo mismo y tensando a una sociedad que, muchas veces, busca salidas y resguardo en universalismos que le dan la tranquilidad de que es suficiente hacer uno y no 20 procesos de transformación profunda de nuestras dinámicas de poder, de nuestras normalizaciones de la desigualdad, de nuestras maneras de construir una sociedad en la cual, casi siempre, esperamos que la otra persona sea como yo o, si no lo es, llegue a serlo.

En este proceso la interseccionalidad ha sido un camino de profundos logros y aprendizajes. La interseccionalidad nos ha permitido encontrarnos con la diversidad de ser mujeres constructoras de paz y de ser mujeres que han sido afectadas profundamente por las violencias y el conflicto armado en Colombia.

Y a este vernos y a la vez sorprendernos en l* otr* se ha sumado que la interseccionalidad fue el pilar más importante en los pro-

cesos de construcción y aprendizaje con los cuerpos policiales. La interseccionalidad nos ayuda a romper la idea, que había dejado impregnado el enfoque diferencial, de que hablar de la otredad implicaba negarle el derecho a quien tenía privilegio, a quien sí era visto o quien sí estaba en el espectro de las identidades, contextos y vivencias de lo visible. Nos permitió transformar las listas, de sólo un espacio administrativo para demostrar lo hecho a que fuera un espacio de reconocimiento y conversación; un espacio en el que podríamos ser visibles aquel*s que éramos homosexuales junto a aquel*s que éramos homosexuales; aquel*s que nos consideramos negr*s y aquellos que nos nombrábamos blanco-mestizos por cómo nos identificamos por nuestro fenotipo. Y pasaba por la reflexión de que poner que somos blanco-mestizos implicaba reconocer el privilegio y reconocer que la raza era parte de los discursos sociales de construcción de la identidad cultural, realmente llamado racialización, o que nombramos heterosexuales implica reconocer el privilegio de responder a la norma heterosexual anclada en los mandatos de género de nuestra sociedad.

La interseccionalidad nos permitió encontrarnos en las diferencias, en los caminos compartidos, en esos vectores que se convertían en juego para, por un momento, ser otr*. La interseccionalidad nos permitió hablar

de género más allá de la identidad de género binaria de ser hombre y mujer y reflexionar sobre la seguridad como un sentimiento, como un sentir que se construye de manera diferencial según los vectores que habitamos.

Esa mirada nos ha permitido entender, sobre todo, que el conocimiento quedará arraigado en los cuerpos policiales a los que formamos y con los que conversamos sobre cómo la seguridad debería reconocer las vivencias propias de las comunidades y de las personas con las que se interactuaba, que muchas veces implicaba escuchar, entender, intuir y reconocer para crear procesos en los que la seguridad se fuese construyendo en la diferencia, para que la seguridad no fuera sinónimo de homogenizar a través del miedo y el control.

La conciencia del lugar situado

Nuestros desarrollos sobre la interseccionalidad, sacándola de la teoría, sin dejar de honrar su origen en el feminismo negro, nos permitieron usarla como herramienta para crear metodologías que les permitieran a las personas, que hacen parte de los cuerpos policiales, entender maneras en las que observan en el mundo, en las que crean una narrativa del mundo, en las que se relacionan

con otr*s, en las que se relacionan con sus contextos y en las maneras en que se sanaron, o no, sus propias vivencias y cómo esto afecta y construye la manera en que entienden la seguridad.

Esto lo logramos generando metodologías pedagógicas que permitieran entender el lugar complejo que habitó, en la existencia en los múltiples caminos que se entretajan. Reconociendo que algunos de estos caminos se mantienen inmóviles durante toda la existencia y otros se transforman según las vivencias.

En los espacios de formación virtual y presencial crear instrumentos pedagógicos que permitieran generar conciencia del lugar situado fue un elemento fundamental para fortalecer las maneras en las que los miembros de la Policía realizaban los análisis de conflicto; incorporando una mirada que permite analizar el ser en un lugar en el que otr*s están involucrad*s pero en el que yo hago parte de ese proceso. Pasando por reconocer que mi individualidad y las maneras en que entiendo las colectividades a las que pertenezco, y a las que no, impactan en las maneras en las que

contribuyo a transformar un conflicto y en formas en cómo podrían desencadenarlo o agravarlo.

Sin duda, la utilidad de la conciencia del lugar situado fue un gran aprendizaje que nos permitió vernos en otr*s y a la vez reconocer que habitaban puntos en caminos que eran compartidos pero que no siempre estábamos en el mismo lugar. Esto nos llevó a preguntarnos y reconocer que en momentos había razones emocionales, razones ligadas a nuestra historia, razones ancladas en nuestras creencias que nos impedían ver al otr* y le ponían en un lugar de invisibilidad o que incluso había partes del camino sobre las que nunca habíamos pensado, sobre las que nunca habíamos tenido conciencia.

Conocer la posibilidad de darnos tiempo de ver nuestro lugar situado fue uno de los grandes aprendizajes de hablar sobre seguridad feminista, reconociendo que no tenemos que desaparecer para ejercer un servicio y que, a la vez, debemos reconocer que ese servicio transforma nuestro lugar situado, y por ende, la forma en que nos relacionamos con el concepto de seguridad y con la vivencia de seguridad de otras personas.

Este aprendizaje nos ha llevado entonces a pensar las formas en las que en la formación de cuerpos policiales, en el ámbito nacional

e internacional, se debe reconocer que los propios paradigmas de la doctrina policial, que busca hablar de cuerpo colectivo en detrimento de la individualidad, hace todo lo contrario; dejando en lo no visto, en lo inconsciente la importancia que le damos a nuestro ser, a nuestra historia, a nuestras creencias y a nuestras vivencias en el momento en que estamos en una operación, en los momentos en los que estamos brindando el servicio policial a la sociedad y cómo hablar de la individualidad puede generar cuerpos policiales colectivos y conscientes en los que poder tener momentos de alerta sobre los propios sesgos y a la vez poder tener alertas de aquellos sesgos que tienen otr*s dentro del mismo cuerpo y aquellos que habitan los ciudadanos y ciudadanas a quienes he jurado proteger y cuidar.

Abrir los ojos. Reconocer los puntos ciegos.

La interseccionalidad fomenta la conversación y la creación de bases para el aprendizaje, no sólo porque nos permitió comprender la diversidad más allá de un eslogan y entender nuestras vivencias individuales y los contextos en que hemos ido creciendo y quienes somos, sino que nos permite reconocer nuestros puntos ciegos. Nuestros puntos ciegos como esos espacios de vivencia y existencia que nos son inaprensible en la experiencia, es decir, que nunca po-

dremos habitar. Por ejemplo, reconocer la manera en que muchos de nuestros puntos ciegos están anclados en nuestros privilegios y a la vez cómo generamos dinámicas duales de buen* /mal* de amig*/enemig* desde nuestros lugares de subalternidad porque, desde allí, nuestros puntos ciegos también sólo imaginan el privilegio.

El aprendizaje de reconocer activamente nuestros puntos ciegos y la necesidad de aprender sobre estos lugares situados desde la conversación y desde la formación fueron fundamentales para garantizar una transformación desde la seguridad feminista. Ya que la transformación implicaba romper la noción romántica de empatía de ponerme en el lugar del otr*, siendo esta una mirada facilista que se ha extendido en nuestra sociedad, ya que es imposible estar en el lugar del otr*. Para comprender su vivencia debo aprender a entender cómo mi lugar se relaciona con ese lugar del otr*s, haciendo el entorno que brinda seguridad, que construye y contribuye al sentirse segur*. Reconocer la relacionalidad de la experiencia me permite entender que también puedo ser un elemento que contribuye al peligro constante, que construye la sensación de desconfianza, que contribuye a la sensación de no pertenencia por mi propia

sensación de que su diferencia me pone en riesgo. Estas fueron reflexiones fundamentales para hablar sobre el vector del origen, en especial con la crisis migratoria que está viviendo Colombia, con la alta presencia de personas venezolanas a las que desde los cuerpos de la seguridad se les atribuye el lugar de la otredad que nos pone en riesgo.

Reconocer los puntos ciegos, esos puntos ciegos que parten de la teoría trans feminista, es un trabajo constante que es necesario que los cuerpos policiales realicen para poder garantizar la seguridad de aquell*s que somos diferentes, es decir, de todas las personas en su diferencia. El punto ciego es un elemento fundamental para pensar de nuevo la mirada de un cuerpo unificado desde el no reconocimiento de la individualidad, ya que reconocer los puntos ciegos puede contribuir ampliar la confianza y a generar acciones que garanticen la acción sin daño, contribuyendo, en el largo plazo, a la seguridad, la paz y el bienestar.

Hablar de la reactividad

La reactividad es muchas veces nombrada en las conversaciones sobre transformación de conflictos y en las búsquedas por generar nuevos caminos en sociedades que han re-

petido, una y otra vez, historias de violencia. Sin embargo, en muchas ocasiones, la reactividad se vuelve un elemento narrativo para decir por qué no o influir el otro u otra, es decir, pasa por ponerle la responsabilidad en el otro o la otra que no quiere moverse de su lugar porque le asignamos la característica de estar reactiv*

Por ello, uno de los grandes aprendizajes de este proceso con la UNIPPEP y con otras unidades policiales con las que interactuamos se puede resumir en una frase (que parafraseamos) de la Coronel Lurangeli Franc: entender nuestra propia reactividad nos abre a la conversación. Y sin duda entender nuestra propia reactividad, como parte de la sociedad civil, nos ha permitido entender que si no trabajamos en gestionar, reconocer y hablar sobre nuestra reactividad todo proceso que busca la transformación sólo logra mínimos resultados.

Fue esa conciencia temprana que nos trajo la Coronel (en una de las primeras reuniones de la Fase II del proyecto) la que nos permitió hablar sobre la reactividad como un proceso fisiológico, como un proceso de construcción de significados y como un proceso de construcción de narrativas en los espacios de formación con los cuerpos policiales. Hablar de reactividad nos permitió maravillarnos con la manera en que nuestro cerebro se relaciona

con el constante peligro, nos implicó jugar con nuestra propia reactividad en medio de una piscina o generar espacios de reflexión profunda de cómo el dolor físico y emocional nos hacía más reactivos y reactivas.

Este aprendizaje sobre la reactividad es sustancial porque se articula con la vulnerabilidad, no sólo porque es producto de los momentos en que nos hemos sentido profundamente vulnerables ante el otro/la otra sino porque la reactividad es propia de nuestra existencia y de las maneras en las que buscamos darle sentido a una historia personal y compartida, que muchas veces, no tiene sentido en un contexto de violencia constante y con un gran impacto transgeneracional. Una reactividad que es producto de buscar sentido a lo que es inhumano, a lo que es ilógico y es cruel.

Por ello, hemos abrazado este aprendizaje sobre la reactividad porque nos ha permitido reconocernos human*s y a la vez reconocernos parte del entorno natural en el que somos mamífer*s, y por ende, necesitamos procesos en los que podamos sanar y reconocernos en momentos no preparad*s para conflictos o encuentros intensos.

Este reconoceros no preparad*s, y que eso está bien, fue un aprendizaje compartido fundamental para hablar de entornos de incertidumbre y de la necesidad de que las uni-

dades policiales tengan momentos en los que las personas que las componen puedan reconocer que su nivel de reactividad va a generar acción con daño o va a causarles un daño, ya sea físico o en su salud mental, y se puedan tomar decisiones al respecto.

Salir del lugar habitual de la formación

La formación en los entornos que hablan sobre seguridad, ya sean de la sociedad civil o de los cuerpos policiales, se suele centrar en la efectividad de las barreras, es decir, en la efectividad de la protección y no en una mirada más amplia de la seguridad que permita entenderla como conjunción de acciones de protección y rutinas de cuidado y que se experimenta en el sentir humano: en el sentirse segur*, en que un entorno me hace sentir segur* y que un entorno me da herramientas y tiempos para sanar aquello que ha roto mi seguridad.

La formación habitual por los paradigmas epistemológicos de la educación sigue centrándose en el aprendizaje cognitivo de conceptos, técnicas y formas sin que en muchas ocasiones esto se vea reflejado en lo que implican los retos de utilizar esa información en entornos de incertidumbre y riesgo.

Por ende, otro nuestros grandes aprendizajes fue entender que el acercamiento metodológico a través de los lenguajes Paralelos, que hemos creado como Corporación, centrado en el uso de los lenguajes que atraviesan el cuerpo y que interrelacionan con la emoción y con el pensamiento, permiten un aprendizaje significativo y situado en el cual las herramientas no sólo alimentan el discurso, ese discurso que muchas veces se nombra como políticamente correcto, sino que permite trasladar conceptos, nociones y prácticas fundamentales de la perspectiva de género, la interseccionalidad y la transformación de conflictos en acciones y en procedimientos concretos.

Esta posibilidad de traducir a procedimientos y acciones concretas es fundamental al trabajar con cuerpos policiales ya que la plasticidad de sus sistemas nerviosos y sus acciones cotidianas están basadas en la alerta y su función constitucional y social está basada en responder a la alerta de otr*s, es por ello que generar procesos de formación que permiten que el aprendizaje se dé a través de otras dinámicas relacionales, muchas de ellas atravesadas por el humor y el juego, permite

un aprendizaje de largo plazo y que transforma la forma de aprender a lo largo de la vida.

Des-estigmatizar el feminismo

Una de las frases que implicó mayores sensaciones de logro en este proceso fue los momentos en que personas de la UNIPPEP presentaban el equipo de la Corporación: ellas son feministas, imagínese y feministas feministas. Esa introducción implicaba un acto de romper con la estigmatización del feminismo, en un momento en el que el feminismo en Colombia ha tenido vertientes de radicalización que rompen principios fundamentales de su epistemología como: que las revoluciones son cotidianas y la transformación no se da como resultado de las dinámicas propias de la violencia patriarcal, sino que rescata otras formas, profundamente invisibilizadas, ligadas a la conversación, al salir del propio ombligo.

Des-estigmatizar el feminismo en este proceso fue un aprendizaje que pasaba por nombrar a otras que habían contribuido al feminismo, implicaba reconocer que el feminismo también había tenido una relación histórica con las fuerzas policiales y militares e implicaba generar un proceso de diálogo en el que fuese posible hacer preguntas políticamente incorrectas sobre conceptos como el género, sobre conceptos ligados a las vi-

vencias de personas que habitan fuera de la norma heterosexuales y el privilegio cis-género.

Una de las formas que tuvo mayor fuerza para des-estigmatizar al feminismo en este proceso fue entender que la desconfianza se sentía, por nuestro ser e identificarnos feministas, profundamente personal pero que no podíamos reaccionar desde el lugar, sino que implicaba estar dispuestas a que es se cuestionara, se preguntara e incluso reconocer que en cada pregunta se transformaba, se cuestionaba y se preguntaba en el interior de nosotras como parte de una colectividad múltiple que se nombra feminista.

Aceptar el miedo

“Y esto ¿cómo lo hemos vuelto práctico?, reconociendo el miedo como un elemento estructural de la vida y aprendiendo a gestionarlo para que no se normalice el terror, pero no se sancione el miedo, ese sentido de alerta y atención que nos permite relacionarnos con nuestro entorno, incierto y cambiante.”

Otro de los grandes aprendizajes ha sido comprender en qué medida la seguridad feminista comparte elementos con la seguridad humana y en qué elementos se ha alejado. El elemento en que se aleja de manera abismal es en la concepción del miedo, ya que el miedo

es una conciencia fundamental. La seguridad humana habla de una vida libre de miedo, siendo una visión que desconoce esencias profundas de las emociones humanas, y a su vez, que busca un entorno idílico que reduciría el aprendizaje, tanto individual como colectivo, de sociedades, ya que es parte y resultado de las dinámicas propias entre los seres humanos y con un entorno natural y vivo cambiante en el que el miedo tiene una función y en el que el miedo es una vivencia que no hay que satanizar.

En los procesos con los cuerpos policiales, en este caso con la Policía Nacional, nos permitió entender que aceptar el miedo que habíamos vivido, que hemos vivido y que viviremos es sustancial para construir confianza, pudiendo vernos y ver a otr*s de manera diferente.

Reconocer el miedo saca el humanismo de una idea y lo conecta con la cotidianidad, al comprender elementos sustanciales de la existencia, como aquello que nos ha producido y nos produce miedo debido al peligro al que hemos estado sometid*s o en el miedo ligado a la pérdida en sus múltiples formas.

Ese aprendizaje se suma a la importancia de aprender, junto a personas que hacen

parte de los cuerpos policiales, a gestionar su propio miedo y acompañar el miedo de otr*s. Nuestro aprendizaje pasó por la voz y luego descubrimos el sistema Polivagal, pasó por el cuerpo y luego descubrimos el freno vagal. Fue entonces un aprendizaje para entender cómo el miedo hace parte de nuestra cotidianidad y el terror es el que debemos eliminar de nuestra sociedad, ese terror que se ha vuelto normal, ese terror que parte de nuestras historias familiares, ese terror que hace parte de nuestras desconfianzas más profundas, que no sólo están anclados en nuestras propias experiencias sino en la de aquell*s que amamos.

Las emociones como parte de la conversación.

Cuando hablamos de seguridad en los entornos habituales solemos centrarnos en las acciones de protección y en las barreras, y cuando se incluyen las emociones es porque hay afectaciones de alto impacto como estrés postraumático profundo o cuando se responde a las exigencias de las víctimas de contar con procesos de acompañamiento psicológico y emocional. Esta mirada hace que las emociones se reduzcan al problema y no a la cotidianidad.

Por ello, en este proceso, con la Policía Nacional, aprendimos que comprender las emociones era sustancial para que se pudieran incorporar algunas de las miradas de la seguridad feminista y para que fuese posible incorporar las miradas y las exigencias de múltiples movimientos colectivos y entornos políticos que piden una policía mucho más empática y menos punitiva. Sin embargo, es paradójico que muchas de estas peticiones no reconocen que el acompañamiento emocional y el aprendizaje y la pedagogía emocional en los cuerpos policiales debe ser sustancial y debe ser considerado tan importante como otras formas de entrenamiento.

Este proceso nos enseñó a trascender el tabú para hablar sobre las emociones, reconociendo que en un entorno masculinizado implica entonces romper la lógica binaria y darnos cuenta que muchos de sus elementos como la confianza tienen un correlato en elementos feminizados de gran valor como las emociones, con especial énfasis en cómo las gestionamos, manejamos y transformamos.

En este marco, el uso de herramientas para aprender sobre el auto monitoreo emocional es uno de los aprendizajes que más valoramos, ya que implica que las personas que formamos en estos procesos han adquirido herramientas efectivas para poder saber cuándo sus emociones están impactando

en las dinámicas y relaciones con otr*s en el marco del servicio y de su vida personal.

Este aprendizaje nos lleva a reflexionar, que tanto a nivel nacional como regional e internacional, es fundamental una transformación profunda que rompa los marcos del heroísmo, del héroe que sufre en silencio, del héroe que no expresa sus emociones, y para que se pueda empezar a entender a las personas que hacen parte de los cuerpos policiales como personas que deben adquirir una maestría particular en la gestión de sus propias emociones y en la identificación de las emociones de otras personas, para así lograr el reconocimiento de que los conflictos y la violencia están profundamente relacionadas con el tejido emocional de la sociedad.

Cuidar a quienes protegen, para que aprendan a cuidar

Los espacios que compartimos de formación, conversación y diálogo con la Policía, en especial con la UNIPPEP, nos permitieron entender que muchas veces están sometid*s a dinámicas narrativas y prácticas de sobre-exigencia, lo cual se evidencia en la temporalidad en el trabajo y en los constantes llamados al acuartelamiento como respuesta a un entorno de incertidumbre. A esto se suma que no hay procesos de acompañamiento que sean suficientes y que permitan la adaptación adecuada a nuevos contextos. Por último,

nos dimos cuenta de que no hay un reconocimiento de lo que implica vivir con la alerta constante de poder perder la vida en el servicio.

Es por ello que fuimos aprendiendo durante el proceso a darle un espacio al cuidado, a reconocer la importancia de la relajación y enseñar que la relajación no es un lujo sino una necesidad, más aún en un entorno de servicio en el que el trabajo implica una alerta constante. Fuimos aprendiendo en el camino maneras de cuidarles, como: utilizar espacios lúdicos en los lugares propios de la Policía de nuevas maneras, dejar espacio para la conversación no regulada, dar espacios de alimentación un poco más largos en los que fuera el descanso y la pausa.

Darle sentido a lo que implica cuidar de otr*s que hacen parte de una misma unidad y a cuidar de las personas de la sociedad civil a las que prestas tus servicios, nos implicó aprender que las dinámicas de tiempo eran diferentes a las nuestras y, por ende, los procesos de formación implicaban una conversación para entender el nivel de agotamiento que experimentaban y buscar maneras de

aprendizaje que no les implicaran una sobre-exigencia y un agotamiento mayor.

Agradecemos inmensamente este aprendizaje porque nos llevó a entender cómo el cuidar se diferenciaba entre los espacios de conversación y formación con las mujeres y los espacios y conversaciones con la Policía, pero al mismo tiempo, había elementos sustanciales ligados al agotamiento y la sobre-exigencia de ser un ejemplo que viven tanto las lideresas, las constructoras de paz y las defensoras de derechos humanos como l*s Policías.

La relajación se aprende.

Aprender la importancia de la relajación surgió de reconocer lo mucho que usaban frases como como: tranquila; tranquila; tranquilo, tranquilo en los procesos para acompañar a personas víctimas de delitos o quienes habían sufrido situaciones que pusieron en riesgo su seguridad. Esta idea de repetirle a una persona que se tranquilice es la muestra de la pobre educación emocional que recibimos

como sociedad y de los retos para ser primer*s respondientes efectiv*s como Policías.

Con esta conciencia generamos y aprendimos, en conjunto con las fuerzas policiales, maneras para relajarnos. Para ello fue fundamental la técnica de relajación muscular progresiva, así como reconocer la importancia de la voz para transmitir e inducir la relajación. Exploramos así maneras en que nuestro cuerpo y nuestra mente se relajan.

Sin duda aprender formas prácticas de relajación fue un gran acierto en este proceso, ya que permite que la relajación no sea un ideal de una sociedad que está siempre en busca de los mecanismos para reencontrarse con la sensación de seguridad y calma en el propio cuerpo, sino que se vuelva una acción cotidiana y en un saber que aparece en los momentos en que los niveles de ansiedad y estrés trastocan la cotidianidad; y estos momentos de profunda ansiedad y estrés son frecuentes en un entorno de alerta constante como es el servicio policial.

Momentos sin jerarquía

Entender la importancia de la jerarquía en las dinámicas de toma de decisión en los cuerpos policiales ha sido otro de los grandes aprendizajes en el encuentro entre una organización feminista y la UNIPEP; la jerarquía tiene una

función que permite que las dinámicas se ejerzan en las lógicas de responsabilidad.

Sin embargo, en los procesos que compartimos fue de gran valor entender que era necesario fomentar momentos de conversación y de reflexión en que se acordará y nombrará que la jerarquía no tenía la función ni el peso que suele tener en otros espacios dentro de las unidades, es decir, que se ponía la jerarquía en pausa. Estos momentos nos permitieron sesiones más sinceras y fluidas, contribuyendo a un proceso dinámico en el cual era posible que un/a patrullero/patrullera cuestionara y le preguntase a su superior sobre alguna afirmación o reflexión sobre la que no estaba de acuerdo o sobre la que quería profundizar.

Aprender con la jerarquía en pausa permitió recuperar el sentido profundo del aprendizaje, aquel que posibilita el reconocimiento de la igualdad, de la diferencia y, sobre todo, generar procesos de responsabilidad colectiva sobre las reflexiones, las dinámicas y las formas de relacionamiento.

Retos

En este proceso los retos fueron significativos. Crear un entorno de confianza para pensar la seguridad de manera distinta fue sin duda un gran reto. Por ello, al igual que nos dimos tiempos para reflexionar sobre el aprendizaje, nos daremos un momento para hablar de los retos con los que nos encontramos, y que consideramos que siguen siendo retos futuros en nuestro trabajo y en de otr*s.

Los tiempos

Para generar procesos significativos que transformen la concepción de la seguridad e incluir miradas como las feministas, en las cuales se comprenden las dinámicas de género, se busca transformar los mandatos de género, las posiciones de género y los arreglos de género, y con ella aumentar la sensibilidad sobre la realidad de las mujeres y de las personas que no responden a las heterosexuales, pues transformar la forma en que se comprende la noción de seguridad y su relación con la masculinidad. Sin embargo, en este tipo de aprendizajes, que requieren de reflexión y reconstrucción los tiempos cambiantes y la respuesta constante a la in-

certidumbre de la Policía Nacional es un reto sustancial.

Es un reto para el que es necesario seguir construyendo caminos que reconozcan esta realidad, pero al mismo tiempo se permita momentos de silencio mental e institucional para lograr aprendizajes con un impacto de transformación institucional e individual significativo.

Hablar de identidad de género y orientación erótico afectiva sin el miedo a ser

Sin duda hablar de la interseccionalidad nos permitió abrir conversaciones sobre la identidad de género y la orientación erótica afectiva de manera más amplia y menos centrada en la exotización del otr*.

Sin embargo, es fundamental que estos procesos sigan existiendo y éstas con conversación se den, para que vayan desapareciendo las dinámicas del chiste oculto en el cual se busca ridiculizar al otr* al decirle que es marica, al decirle que es afeminado, al decirle qué es una persona trans. Sin duda el miedo a ser “descubierto” es aún una constante en muchos ámbitos de la institucionalidad, la sociedad y las fuerzas policiales. Por ello, es fundamental que la diferencia esté presente, que

la diferencia no se equipare con la necesidad constante de que: nunca se puede llegar a pensar que uno puede ser parte de esos que no responden a las normas de lo normal, es decir, a las normas de la heterosexualidad y el privilegio cisgénero.

En esta misma línea es necesario dejar de usar eufemismos como diversidad sexual para hablar de las vivencias que no responden a la norma heterosexual/ privilegio cisgénero, y a la vez, dejar de usar el concepto orientación sexual y usar conceptos más amplios como orientación erótico afectiva, para evidenciar que son procesos y construcciones identitarias complejas que no se reducen a la genitalidad y al acto sexual sino a la orientación vital del afecto y del deseo

El lugar de la formación en el hacer de los cuerpos policiales

En una sociedad en constante cambio es necesario dejar de ver y narrar, desde la sociedad civil y las instituciones civiles, la formación hacia los cuerpos policiales como un acto punitivo ante su falta de formación o para remediar actos ligados al uso desmedido de la fuerza. Es un reto para los cuerpos policiales, y quienes trabajan con ellos, crear procesos que fomenten una mirada de aprendizaje para toda la vida, reconociendo que la labor del servicio policial debe transformarse

al ritmo en que se transforma la sociedad en conjunto.

La construcción de una identidad cultural de los cuerpos policiales basada en nociones masculinizadas.

Aprender junto a la Policía ha implicado analizar las maneras en que se construye una identidad compartida de cuerpo. En este análisis vale la pena resaltar que en muchas características, esta construcción identitaria, responde a la teoría de la identidad cultural que estructura identidad compartida a través de los discursos, las prácticas y las posiciones. Por ello, ha sido todo un descubrimiento entender la manera en que los cuerpos policiales interactúan y se relacionan como una comunidad que incluso tiene territorio compartido, una jerga propia y unas dinámicas de construcción de mandatos roles y arreglos de género particulares.

Es necesario entonces, y es aún un reto, pensar que esa identidad cultural, que se basa en nociones masculinizadas y que en muchas ocasiones no reconoce la importancia de valores y nociones feminizadas para la garantía de la seguridad, se transforme y no se centre en diferenciarse de la sociedad civil, sino que se asuma como parte de una identidad nacional compartida

La dificultad del equipo (y de la sociedad civil) para aprender sobre la doctrina policial

Otro de los retos más grandes fue lograr que el equipo en su conjunto, las mujeres que acompañamos y otras organizaciones de la sociedad civil con las que conversamos en nuestro quehacer constante como parte del movimiento social, como parte del movimiento feminista y movimiento ampliado de mujeres, estuviesen en disposición de aprender sobre la doctrina policial. Sin duda este es un reto fundamental, si estos movimientos, organizaciones y personas quieren fortalecer sus capacidades de exigibilidad de propuesta al Estado en relación con las fuerzas policiales deben aprender sobre es*otr*.

Cabe resaltar que en tiempo de incertidumbre se evidencia un gran desconocimiento sobre las dinámicas de garantía de derechos propios de los cuerpos policiales y muchas propuestas de reforma asumen caminos facilita que evidencian un gran desconocimiento de las dinámicas institucionales, las responsabilidades constitucionales y la relación entre la policía y las autoridades civiles.

Los techos de cristal, creados por la comunidad internacional, al equiparAR género con la presencia de mujeres en cuerpos policiales

Sin duda en múltiples escenarios que se habla sobre seguridad y mujeres, empezando por Naciones Unidas en la agenda global de 1325, es fundamental pasar a una conversación que aún en muchos elementos es incipiente.

Sin embargo, el énfasis en hablar de la participación de mujeres como un porcentaje en los cuerpos policiales y en otros cuerpos armados ha hecho que gran parte de la discusión se quede en un elemento identitario de representatividad en lugar de trascender a conversaciones más amplias, así como a que no haya conversaciones más amplias con la necesidad de analizar y transformar los mandatos, roles y arreglos de género generalizados al interior de las fuerzas policiales. No hay suficientes espacios y dinámicas para la conversación sobre nuevas epistemologías que puedan permear las doctrinas policiales y por ende las concepciones colectivas de la seguridad.

Además, queda el reto de lograr una mayor creación epistemológica y metodológica y procedimental que permita el diálogo y la atención de distintas maneras de concebir la seguridad, reconociendo las múltiples actorías de la seguridad en la sociedad en su conjunto, además del Estado y sus cuerpos policiales y armados.

Sin duda, la experiencia de reflexionar sobre la seguridad feminista, con sus múltiples aristas y componentes ha sido un aprendizaje, junto a la Policía Nacional ha sido una experiencia

que nos ha cambiado la vida, nos ha permitido entender otros puntos de vista, otras vivencias del dolor, la esperanza y la guerra.

Esperamos que este breve análisis te haya invitado a abrazar otras miradas.